

Euroamericana

Paloma Martínez Matías (ed.)

Transformaciones del capitalismo contemporáneo

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Euroamericana

Paloma Martínez Matías (ed.)

Transformaciones del capitalismo contemporáneo

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Este volumen forma parte de los resultados del proyecto de investigación «La contemporaneidad clásica y su dislocación: De Weber a Foucault» (PID 2020-113413RB-C31)

1ª edición, 2026

© Los autores de sus respectivos trabajos

© Guillermo Escolar Editor S.L.
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2
28008 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-67-1

Depósito legal: M-4425-2026

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Euroamericana

Impulsada por el Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid, la colección *Euroamericana* tiende puentes entre distintas universidades americanas y europeas a fin de dar a conocer y poner en común la producción filosófica más actual. De este modo, cada uno de sus libros fortalece una fecunda comunidad de investigación, distanciada tal vez en el espacio, pero muy cercana en el genuino interés filosófico que tiene como nexo.

Euroamericana

Directores

José Luis Villacañas
Antonio Rivera

Consejo Editorial

Rocío Garcés Ferrer (Universidad Diego Portales)
Andrés Alonso Martos (Universidad Alberto Hurtado)
María Martín Gómez (Universidad de Salamanca)
Elixabete Ansa (Pontificia Universidad Católica de Chile)
Óscar Ariel Cabezas (Pontificia Universidad Católica de Chile)
Antonio de Murcia Conesa (Universidad de Alicante)

Comité Científico

María del Rosario Acosta (De Paul University, Chicago)
Rodrigo Castro Orellana (Universidad Complutense de Madrid)
Sandro Chignola (Università di Padova)
Francisco Cortés Rodas (Instituto de Filosofía de Antioquia)
Susana Draper (Princeton University)
Sebastian Faber (Oberlin College)
Carlo Galli (Università di Bologna)
Catalina González Quintero (Universidad de los Andes)
Erin Graf Zivin (University of Southern California)
Carlos Herrera (Université de Cergy-Pontoise)
Guillermo Hurtado (Universidad Nacional Autónoma de México)
John Kraniauskas (Birkbeck College, University of London)
Jacques Lezra (University of California Riverside)
Alberto Moreiras (Texas A&M University)
Elías Palti (Universidad de Buenos Aires)
Johannes Rohbeck (Universität Dresden)
Mariano Siskind (Harvard University)
Willy Thayer (Universidad Pedagógica de Chile)

Todos los volúmenes de la colección *Euroamericana* se someten a un proceso de evaluación con todas las garantías académicas que incluye un doble arbitraje anónimo por parte de expertos en la disciplina sobre la que versan.

PRÓLOGO

PALOMA MARTÍNEZ MATÍAS

Si del capitalismo cabe afirmar que se trata de un régimen productivo en estado de permanente mutación, ello se debe a que así lo exige el cumplimiento de la ley del valor o ley económica que, como Marx escribiera en el prólogo de la primera edición de *El capital*, rige «el movimiento de la sociedad moderna» y se impone con «férrea necesidad» no solo en todos sus procesos económicos, sino también sobre los seres humanos que participan en ellos. Que esa ley se cumpla, garantizando al modo de un mecanismo ciego y no sabido la vigencia y continuidad del capitalismo, depende, de entrada, de un persistente incremento de la productividad que se revela rigurosamente solidario de la creciente racionalización de la producción y de la incorporación de innovaciones tecnológicas que intensifiquen la explotación de la fuerza de trabajo sin menoscabo del consumo. A los cambios que se derivan de la satisfacción de este imperativo se vincula el carácter intrínsecamente expansivo de este sistema económico, cuya supervivencia pasa por la conquista de nuevos territorios que provean los procesos productivos del mayor volumen de materias primas que precisan, así como por la constante ampliación de sus áreas de mercado, ya sea áreas geográficas o dimensiones de la vida humana todavía no supeditadas a la lógica mercantil. Pero en la realización de esta tendencia a él inmanente a la mercantilización de todas las cosas, incluida cualquier faceta de la existencia, el capitalismo se ve también obligado a mutar a fin de poner en práctica renovadas estrategias que contrarresten sus contradicciones internas y, una vez estas estallan desencadenando un período de crisis, hallar las vías que acrediten su superación mediante el arranque de una subsiguiente fase de acumulación de capital que, invariablemente, acontecerá sobre el suelo y al precio de los efectos destructivos que acarrea toda crisis económica.

Esta naturaleza esencialmente mutacional se torna ante todo visible en aquellos momentos en los que a las transformaciones graduales y no siempre perceptibles que entraña el capitalismo se suman factores y

circunstancias que, al comportar saltos cualitativos en su funcionamiento, redundan en una reestructuración global de los procesos productivos que altera tanto aspectos sustanciales de las sociedades capitalistas –como sus medios de transporte o el diseño de las ciudades– como las formas de vida que se desenvuelven en ellas. Si se atiende al enfoque de Ernest Mandel y a sus investigaciones sobre la íntima imbricación del despliegue del capitalismo con la innovación tecnológica, tras la revolución industrial de 1800, fruto de la introducción de la máquina de vapor en la fabricación de mercancías, a mediados del siglo XIX tiene lugar el primero de esos saltos. Este obedece a la producción de máquinas por medio de otras máquinas frente a su previa elaboración artesanal –ya constatada por Marx en *El capital*– y, particularmente, a la producción maquinizada de la máquina de vapor, que precipita su penetración en las diferentes ramas de la industria. El segundo salto cualitativo data de finales del siglo XIX. En estos años los réditos económicos del colonialismo, que irrumpe por la necesidad de ajustar el suministro de materias primas a la elevación de la productividad alcanzada con la difusión de la maquinaria, inducen una renovación global del entramado productivo que se funda en la electrificación de los procesos industriales y la utilización masiva de los motores eléctricos y de combustión interna en reemplazo de la máquina de vapor. Pero es en el siglo XX cuando, de la mano de una tercera revolución tecnológica, se asiste a aquella transformación del capitalismo cuya evolución ha determinado su articulación actual como régimen productivo y el modo en que esta configura en el presente nuestras sociedades y actividades vitales.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial se abre un período propicio para la aplicación de las innovaciones tecnológicas nacidas de los descubrimientos científicos del período de entreguerras. Básicamente, tal aplicación consistió en la integración conjunta en la producción de la energía nuclear, el uso de la cibernética y la computación, que condujo de manera paulatina a la automatización o semi-automatización de algunos sectores industriales. La rentabilización empresarial de los ingentes incrementos de la productividad suscitados por esta nueva tecnología requirió a partir de entonces de una aceleración de todas las fases de la producción y mercantilización capitalistas destinada a reducir el tiempo de rotación del capital y del recurso a sofisticadas técnicas de planificación y cálculo anticipado que minimizaran los riesgos de inversión. Pero en la gestación del período de palmario crecimiento económico que, en efecto, se siguió de esta reorganización de los procesos productivos desempeñó asimismo un papel crucial la implantación de un nuevo

modelo de gestión gubernamental del capitalismo que autores como David Harvey han denominado «fordista-keynesiano» y que marca el comienzo de la etapa del «capitalismo fordista». Si entre las causas que explican su generalización en los países desarrollados se cuenta la voluntad de evitar el acaecimiento de graves fases recesivas como la que desembocó en la depresión de los años treinta, esta etapa se caracteriza por una suerte de pacto o equilibrio de fuerzas entre los intereses del capital y los de las clases trabajadoras. Tal compromiso, hasta ese momento inédito, se vehiculó por medio de una activa intervención del Estado en la economía guiada por dos objetivos en principio contrapuestos: apuntalar las ganancias empresariales y hacer partícipes de ellas a las masas asalariadas a través del pleno empleo y la creación de los mecanismos de provisión social que componen el Estado de bienestar. Con este propósito se implementaron medidas fiscales para financiar los servicios sociales y construir infraestructuras que favorecieran el florecimiento empresarial. A su vez, se programaron políticas de carácter anticíclico dirigidas a enriquecer las arcas del Estado en los años de mayor bonanza económica y a estimular la economía través de la inversión pública en los períodos de estancamiento.

A pesar de que estas actuaciones tuvieron por resultado una etapa de desarrollo sostenido que repercutió en el aumento generalizado de los niveles de vida y en la mejora de las condiciones de las clases trabajadoras, la ilusión de que se había dado con una fórmula de gerencia del capitalismo que lograba mitigar o incluso neutralizar sus contradicciones internas no tardaría en desvanecerse. A mediados de los años sesenta se experimentan caídas de la rentabilidad empresarial que implican una notable disminución de los ingresos fiscales y pérdida de puestos laborales. La pretensión de paliar este incipiente período de recesión con políticas monetarias expansivas no consiguió más que desatar una ola inflacionaria, a la que se agregaron continuados conflictos entre los trabajadores y las estructuras corporativas. Finalmente, y con la confluencia de factores adicionales como la crisis del petróleo, a partir de los años setenta empiezan a sucederse en los países occidentales graves crisis económicas que alientan los debates acerca de las estrategias a emplear para restaurar el crecimiento en los que cobrarán un inusitado protagonismo las ideas monetaristas y el modelo de gubernamentalidad propugnado por los teóricos neoliberales de la Escuela de Friburgo. Su progresiva adopción en las agendas políticas desde los años ochenta ha involucrado, también de manera gradual, un vuelco en la concepción del legítimo papel del Estado en la economía que se deja

sintetizar en su retracción de los procesos productivos y que se materializa, principalmente, en la reducción de la presión fiscal sobre el sector empresarial, en la cesión a él de empresas antes públicas para dilatar sus esferas de actuación y sus márgenes de beneficios, en la desregulación de los servicios financieros –antecedente del surgimiento de un sistema financiero mundial– y en la aprobación de legislaciones que persiguen fomentar los mecanismos de competencia y liberalizar los mercados de trabajo.

Con ello se inaugura una nueva etapa de acumulación de capital, correspondiente al llamado «capitalismo neoliberal» o «capitalismo flexible», en cuya instauración la perspectiva marxiana ha leído una respuesta estrictamente necesaria –y no una mera ofensiva de las clases pudientes contra las clases trabajadoras de carácter contingente facilitada por circunstancias coyunturales– para asegurar la pervivencia del capitalismo ante la aguda fase recesiva que trajo consigo el agotamiento del modelo fordista-keynesiano. Pues en el origen de esa fase recesiva se ha emplazado la contradicción tal vez más esencial del capitalismo, que pone en jaque de forma recurrente los pilares sobre los que se cimenta este modelo productivo y que solo ha sido históricamente soslayada a fuerza de lo que no pocos teóricos juzgan de cotas cada vez mayores de barbarie. Marx formuló esta contradicción como la «ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia», ley según la cual el inevitable recurso del capitalismo a la innovación tecnológica y el creciente gasto en capital fijo que esta conlleva provocan, a causa del menor concurso del trabajo en la producción, un descenso en la extracción de plusvalía que permite la valorización del capital cuya magnitud, en el largo plazo, acaba por devenir incompatible con el sostenimiento de este régimen productivo. De ahí que, desde la asunción de la validez de los análisis de Marx, la implementación política de los principios del neoliberalismo, así como su actual hegemonía incluso en los gobiernos que se adhieren a las premisas de la socialdemocracia, se hayan interpretado como la única solución disponible desde la década de los ochenta para impulsar una subida de la tasa de ganancia capaz de preservar las dinámicas estructurales que gobiernan el modo de producción capitalista.

Sus consecuencias sobre el mundo del trabajo y los individuos a él sometidos, que arraigan en la ruptura del compromiso imperante durante el capitalismo fordista entre los representantes del capital y las clases trabajadoras, son bien conocidas a día de hoy y no han cesado de agrandar la brecha existente entre los bienes accesibles a unos y otros. Se traducen en un modelo de individuo atomizado, mayoritariamente falto de toda noción de pertenencia a una clase social o autoproclamado miembro de las

«clases medias», e inclinado a resignarse a los elevados grados de explotación, precariedad, adaptabilidad y evaluación profesional que demanda el capitalismo neoliberal. Un individuo moldeado para la competición y el cálculo que, ante el aumento del paro estructural y la sustitución de la mano de obra por la máquina, a menudo opta por el emprendimiento como vía de autoempleo y que, desde hace unos años, acaricia quizá la idea de ganarse la vida como «creador de contenidos» en las redes sociales promocionando productos que alimenten la maquinaria voraz del capitalismo. Al mismo tiempo, un individuo proclive a la depresión, con frecuencia víctima de alguna de las múltiples patologías psíquicas que proliferan en una sociedad que carga sobre sus hombros, en función de su mayor o menor «empleabilidad», la responsabilidad de acceder a un puesto laboral. En ocasiones, cada vez más comunes, dispuesto a escuchar los cuentos de hadas populistas, que lo transportan a un mundo quimérico en el que las soluciones simples resuelven problemáticas en extremo complejas.

Sin embargo, por ser fuente de inagotables novedades que –como Benjamin señalara al identificar «lo nuevo» de la modernidad con «lo siempre-otra-vez-igual»– reposan sobre un trasfondo de relaciones de dominio que se mantiene inalterado desde los inicios de la historia, la comprensión de esta contemporaneidad neoliberal en la que habitamos sigue enfrentándonos a múltiples desafíos. Tanto por los interrogantes que aún plantea su conformación actual como por las incógnitas que conciernen al porvenir, más o menos inmediato, que a partir de ella nos aguarda. Más allá de los estudios empíricos sobre los fenómenos económicos, sociales y políticos que se inscriben en nuestro propio presente, el intento de arrojar luz sobre ellos encuentra un referente clave en la etapa del capitalismo fordista, que brinda la imagen de una realidad ya desaparecida pero que sentó las bases de este presente y sirve además de perfecto contraste para explorar, a través del examen diferencial, las coyunturas, factores y decisiones que han terminado por cristalizar en él. Por este motivo, el libro que estas páginas prologan recoge textos que se remontan a esa etapa pretérita del capitalismo junto con otros que, sin perderla de vista, se focalizan sobre las diferentes vertientes de reflexión que encierra el capitalismo neoliberal.

Su objetivo estriba en proporcionar al lector algunas herramientas conceptuales para entender, por un lado, cómo se fraguó el tránsito entre uno y otro momento y, por otro, aspectos y cuestiones de la contemporaneidad neoliberal –en una panorámica inevitablemente incompleta– que urge pensar si deseamos que la potencia transformadora que constituye el sello distintivo del capitalismo sea encauzada hacia horizontes radicalmente